

— ¡ Adiós, mi querido La Perouse ! le dijo el duque de Richelieu.

— No, señor duque ; ¡ hasta la vista ! respondió La Perouse. Se diría que me marchó para la eternidad : voy á dar la vuelta al mundo, he ahí todo el negocio ; cuatro ó cinco años de ausencia, y nada más. Por eso no hay que decir ¡ adiós !

— ¡ Cuatro ó cinco años ! exclamó el mariscal. Amigo, ¿ por qué no decís cuatro ó cinco siglos ? En mi edad los años son siglos ; ¡ adiós ! os repito.

— ¡ Bah ! preguntad al adivino, dijo La Perouse riendo ; aun os promete veinte años, ¿ no es verdad, señor de Cagliostro ? ¡ Ah ! conde, ¿ por qué no habéis hablado antes de vuestras divinas gotas ? habría yo embarcado por cualquier precio que fuese, un tonel de ellas en el *Astrolabio*... este es el nombre de mi buque, señores. Madama, un beso aun en vuestra linda mano, la más linda que de seguro estoy destinado á ver de aquí á mi vuelta. ¡ Hasta la vista !

Y dicho esto, partió.

Cagliostro seguía guardando el mismo silencio de agüero.

Oyóse el paso del capitán sobre las sonoras gradas de la escalera, su voz jovial en el patio, y sus últimos cumplidos á las personas reunidas para verle.

Luego, los caballos sacudieron sus cabezas cargadas de cascabeles, cerróse con un ruido seco la portezuela de la silla de posta, y las ruedas resonaron sobre el empedrado de la calle.

La Perouse acababa de dar el primer paso en aquel viaje misterioso de que no debía volver.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Voto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO III.

LA PEROUSE (CONTINUACIÓN).

Todos escuchaban, y cuando no se oyó nada, todas las miradas se hallaron reunidas sobre Cagliostro como por una fuerza superior.

En ese momento había en las facciones de este hombre una iluminación pítica que hizo estremecer á los convidados.

Durante algunos instantes reinó un silencio extraño.

El conde de Haga lo rompió el primero, diciendo :

— ¿ Y por qué no le habéis respondido nada, caballero ?

Esta pregunta era la expresión de la ansiedad general.

Cagliostro se estremeció, como si esta pregunta le hubiese sacado de su contemplación.

— Porque, respondió al conde, me hubiera sido preciso decirle una mentira ó una cosa cruel.

— ¿ Cómo así ?

— Porque hubiera tenido que decirle : señor de La Perouse, el señor duque de Richelieu tiene razón en decir adiós, y no hasta la vista.

29959

— ¡ Oh ! exclamó Richelieu palideciendo, ¡ qué diablo ! señor de Cagliostro, ¿ eso que decís es por La Perouse ?

— Tranquilizaos, señor mariscal, repuso vivamente Cagliostro ; no es para vos para quien es triste la predicción.

— ¡ Cómo !... exclamó madama Dubarry : ¿ ese pobre La Perouse que acaba de besarme la mano ?...

— No sólo no volverá á besársela, madama, sino que no volverá á ver jamás á los que acaba de dejar esta noche, dijo Cagliostro considerando atentamente su vaso lleno de agua, en el que, por la manera en que estaba colocado, brillaban capas luminosas de un color de ópalo cortadas transversalmente por las sombras de los objetos que la rodeaban.

Un grito de asombro salió de todas las bocas.

La conversación había llegado á un punto en que cada minuto aumentaba su interés ; y por el aire grave, solemne y casi ansioso con que los asistentes interrogaban á Cagliostro, ya con la voz ó bien con la mirada, cualquiera habría dicho que se trataba de predicciones infalibles de un oráculo antiguo.

En medio de esa preocupación, resumiendo el señor de Favras el sentimiento general, se levantó, hizo una seña, y se fué de puntillas á observar si había en las antesalas algún criado escuchando.

Pero á la sazón, como hemos dicho, la casa del mariscal de Richelieu era una casa de mucho orden, y el señor de Favras no halló en la antesala más que á un viejo mayordomo que, severo como un centinela en un puesto avanzado, defendía las avenidas del comedor en a hora solemne de lospostres

Volvió á ocupar su puesto y se sentó haciendo seña á los convidados de que estaban solos.

— En ese caso, dijo madama Dubarry respondiendo á la seguridad del señor de Favras, como si se hubiese emitido en alta voz, contadnos lo que le espera al pobre La Perouse.

Cagliostro meneó la cabeza.

— ¡ Vamos, vamos, señor de Cagliostro ! dijeron todos los hombres.

— Sí, os lo suplicamos.

— Pues bien ; el señor de La Perouse parte, como él os ha dicho, con la intención de dar la vuelta al mundo, y para continuar los viajes de Cook, ¡ del pobre Cook, que ya sabéis fué asesinado en las islas Sandwich !

— ¡ Sí, sí, ya lo sabemos ! exclamaron todos, más bien con la cara que con la voz.

— Todo presagia un feliz resultado á la empresa. El señor de La Perouse es un excelente marino, y además el rey Luis XVI le ha trazado hábilmente su itinerario.

— Sí, interrumpió el conde de Haga ; el rey de Francia es un hábil geógrafo, ¿ no es verdad, señor de Condorcet ?

— Más hábil de lo que un rey necesita ser, respondió el marqués. Los reyes no deberían conocer ninguna cosa sino por la superficie, de ese modo quizás se dejarían guiar por los hombres que las conocen á fondo.

— Esa es una lección, señor marqués, dijo sonriéndose el conde de Haga.

Condorcet se ruborizó.

— ¡ Oh ! no, señor conde, respondió, es una simple reflexión, una generalidad filosófica.

— ¿ Conque marcha ?.. dijo madama Dubarry apresurándose á cortar toda conversación particular, y dispuesta á

hacer que la conversación general se desviase del camino que había tomado.

— Conque marcha, replicó Cagliostro. Pero, á pesar de haberos parecido tan presuroso, no creáis que va á partir en seguida; no, le estoy viendo perder mucho tiempo en Brest.

— Es lástima, dijo Condorcet, porque es la época de las salidas, y ya es un poco tarde, pues mejor hubiera sido febrero ó marzo.

— ¡Oh! no le vituperéis por esos dos ó tres meses, señor de Condorcet, pues á lo menos durante ese tiempo vive y espera.

— ¿Supongo que le habrán dado buena compañía? dijo Richelieu.

— Sí, respondió Cagliostro: el que manda el segundo buque es un oficial distinguido: le estoy viendo, joven aun, arriesgado y desgraciadamente valiente.

— ¿Cómo desgraciadamente?

— Y bien; al cabo de un año busco á ese amigo y no le veo más, dijo Cagliostro con inquietud consultando su vaso. ¿No es ninguno de vosotros pariente ni allegado del señor de Langle?

— No.

— ¿No le conoce nadie?

— No.

— Y bien, la muerte comenzará por él... Ya no le veo.

Un murmullo de espanto salió del pecho de los asistentes.

— ¿Pero él... él... La Perouse?... dijeron muchas voces sofocadas.

— Él voga, aborda, se embarca... Un año, dos años de

navegación feliz.. Se reciben noticias suyas (1).. Y luego...

— ¿Y luego?

— Los años pasan.

— ¿En fin?

— En fin, el Océano es grande, el cielo está sombrío... Acá y allá surgen tierras inexploradas; acá y allá figuras repugnantes como los monstruos del archipiélago griego acechan el buque que huye en la bruma por entre los arrecifes arrebatado por la corriente; en fin, la borrasca, la borrasca más hospitalaria que la ribera, luego fuegos siniestros... ¡Oh! ¡La Perouse, La Perouse! si pudieses oirme, te diría: tú partes como Cristóbal Colón á descubrir mundo; La Perouse, no te fies de las islas desconocidas.

Cagliostro se calló.

Un temblor glacial se apoderó de toda la asamblea, mientras que aun vibraban en sus oídos las últimas palabras.

— Pero ¿por qué no haberle advertido? exclamó el conde de Haga sufriendo como los demás la influencia de aquel hombre extraordinario que agitaba todos los corazones á su antojo.

— ¡Sí, sí, añadió madama Dubarry, ¿por qué no mandar á detenerle? La vida de un hombre como La Perouse vale muy bien el viaje de un correo, querido mariscal.

El mariscal comprendió y medio se levantó para tirar de la campanilla.

(1) El oficial que trajo las últimas noticias que se recibieron de La Perouse, fué M. de Lesseps, el único hombre de la expedición que volvió á ver la Francia.

Cagliostro extendió el brazo, y el mariscal volvió á sentarse en su sillón.

— ¡Ay! prosiguió Cagliostro. Sería inútil todo aviso; el hombre que prevé el destino no lo cambia. El señor de La Perouse se reiría, si hubiese oído mis palabras, como se reían los hijos de Príamo cuando Casandra profetizaba. Pero mirad; vos mismo os reís, señor conde de Haga, y vais á excitar la risa de vuestros compañeros. ¡Oh! no os reprimáis, señor de Condorcet, ni vos tampoco, señor de Favras: jamás he hallado un oyente crédulo.

— ¡Oh, nosotros creemos! exclamaron madama Dubarry y el viejo duque de Richelieu.

— Yo creo, murmuró Taverny.

— Yo también, dijo cortésmente el conde de Haga.

— Sí, replicó Cagliostro, vos creéis, porque se trata de La Perouse; pero si se tratase de vos, no creeríais.

— ¡Oh!

— Estoy seguro.

— Confieso que lo que me haría creer, dijo el conde de Haga, sería el que el señor de Cagliostro hubiera dicho al señor de La Perouse: «Guardaos de las islas desconocidas.» Entonces él se hubiera guardado de ellas; y siempre tendría una probabilidad en su favor.

— Os aseguro que no, señor conde; y ved todo lo horrible de esta profecía, aun cuando me hubiese creído, hallándose en presencia del peligro, al aspecto de esas islas desconocidas, hubiera sentido la muerte misteriosa que le amenaza acercarse á él sin poder huirla. Entonces no hubiera sufrido una muerte sino mil: porque es sufrir mil muertes el marchar en las tinieblas con la desesperación dentro del pecho. La esperanza que yo le habría quitado,

pensadlo bien, es el último consuelo que el desventurado guarda bajo el puñal, cuando ya ese puñal le hiere, cuando siente el filo de su hoja, y cuando ya corre la sangre. La vida se está apagando, y el hombre espera aun...

— ¡Verdad es! exclamaron en voz baja algunos de los presentes.

— Sí, continuó Condorcet, el velo que cubre el fin de nuestra vida es el único bien real que Dios ha hecho al hombre sobre la tierra.

— Y bien; sea como quiera, dijo el conde de Haga, si me sucediese que un hombre como vos me dijera: Desconfiad de tal hombre ó de tal cosa, tomaría el consejo por saludable, y daría gracias al consejero.

Cagliostro meneó vivamente la cabeza acompañando este movimiento con una triste sonrisa.

— Os lo aseguro, señor de Cagliostro, prosiguió el conde; advertidme, y os daré las gracias.

— ¿Querriais que os dijese á vos lo que no he querido decir al señor de La Perouse?

— Sí, lo querria.

Cagliostro hizo un movimiento como para hablar, pero al punto se detuvo, diciendo:

— ¡Oh, no, señor conde, no!

— Os lo ruego.

Cagliostro volvió á otro lado la cabeza, murmurando:

— ¡Jamás!

— ¡Tened cuidado! dijo el conde sonriendo; porque vais á hacerme otra vez incrédulo.

— Más vale la incredulidad que la angustia.

— Señor de Cagliostro, dijo gravemente el conde, vos olvidáis una cosa.

— ¿Cuál? preguntó respetuosamente el profeta.

— Que si hay ciertos hombres que pueden, sin inconveniente, ignorar su destino, hay otros que tendrían necesidad de conocer el porvenir, en atención á que su destino no sólo les interesa á ellos sino á millones de hombres.

— Entonces, dijo Cagliostro, ¡ una orden ! No, yo no haré nada sin una orden.

— ¿ Qué es lo que queréis decir ?

— Que V. M. ordene, respondió Cagliostro en voz baja y yo obedeceré.

— Os ordeno que me reveléis mi destino, señor de Cagliostro, repuso el rey con una majestad llena de urbanidad.

Al mismo tiempo, como el conde de Haga se había dejado tratar como rey y había dejado el incógnito dando una orden, el duque de Richelieu se levantó, fué á saludar humildemente al príncipe, y le dijo:

— Gracias por el honor que el rey de Suecia ha hecho á mi casa, señor; dignese V. M. ocupar el puesto de honor, pues desde este momento sólo á vos puede pertenecer.

— Permanezcamos como estamos, señor mariscal, y no perdamos una palabra de lo que va á decirme el señor conde de Cagliostro.

— Señor, á los reyes no se dice la verdad.

— ¡ Bah ! ahora no estoy en mi reino. Volveos á vuestro puesto, señor duque ! os ruego que habléis, señor de Cagliostro.

Cagliostro fijó la vista en su vaso : glóbulos semejantes á los que atraviesan el vino de Champaña subían desde el fondo á la superficie, pareciendo que el agua, atraída por su mirada poderosa, se agitaba obedeciendo á su voluntad.

— Señor, decidme lo que queréis saber, dijo Cagliostro ; pues estoy pronto á responderos.

— Decidme de qué muerte moriré.

— De un tiro.

La frente de Gustavo se puso radiante.

— ¡ Ah ! en una batalla, dijo, de la muerte de un soldado. ¡ Gracias, señor de Cagliostro ! ¡ mil gracias ! ¡ Oh ! preveo batallas, y Gustavo Adolfo y Carlos XII me han mostrado cómo se muere cuando uno es rey de Suecia.

Cagliostro bajó la cabeza sin responder.

El conde de Haga frunció el entrecejo.

— ¡ Oh, oh ! ¿ no es en una batalla donde se disparará ese tiro ?

— No, señor.

— En una sedición... sí... también es posible.

— No será en una sedición.

— Entonces ¿ dónde será ?

— En un baile, señor.

El rey quedó pensativo.

Cagliostro, que se había levantado, se volvió á sentar y dejó caer su cabeza entre las manos, cubriéndose la cara. Todos los que estaban alrededor del autor de la profecía y del que era objeto de ella se pusieron pálidos.

El señor de Condorcet se acercó el vaso de agua en que el adivino había leído el siniestro augurio, lo cogió por el pie, levantólo á la altura de los ojos y examinó cuidadosamente sus facetas.

Vefase á aquel ojo, inteligente pero frío escudriñador, demandar al doble cristal sólido y líquido la solución de un problema que su razón reducía al valor de una especulación puramente física.

En efecto, el sabio computaba la profundidad, las refracciones luminosas y los juegos microscópicos del agua, y se preguntaba, él que quería saber la causa de todo, cuál era la causa y el pretexto de aquel charlatanismo ejercido sobre hombres de la valfa de los que rodeaban la mesa, por un hombre á quien no se podía negar una importancia extraordinaria.

Sin duda no halló la solución de su problema, porque cesó de examinar el vaso, lo puso de nuevo sobre la mesa, y en medio del asombro producido por el pronóstico de Cagliostro, dijo:

— Y bien, también yo suplicaré á nuestro ilustre profeta que interroge su espejo mágico. Por desgracia, añadió, yo no soy un señor poderoso, no mando, y mi vida oscura no pertenece á millones de hombres.

— Caballero, repuso el conde de Haga, vos mandáis en nombre de la ciencia, y vuestra vida interesa no sólo á un pueblo, sino á la humanidad.

— Gracias, señor conde; pero puede que vuestra opinión sobre ese punto no esté acorde con la del señor de Cagliostro.

Cagliostro levantó la cabeza como la levanta un coreel al sentir la espuela.

— Si tal, marqués, dijo con un asomo de irritación nerviosa que en los tiempos antiguos se habría atribuido á la influencia del dios que lo atormentaba; si tal, vos sois un señor poderoso en el reino de la inteligencia. Veamos, miradme á la cara, ¿también vos deseáis seriamente que os haga una predicción?

— ¡Y bien, marqués! añadió Cagliostro con voz sorda y bajando sus párpados sobre sus penetrantes ojos, ¡vos

moriréis del veneno que contiene la sortija que lleváis en vuestro dedo! Moriréis...

— ¡Oh! ¿pero y si lo arrojase? interrumpió Condorcet.

— Arrojadlo.

— En fin, ¿confesáis que me es muy fácil?

— Entonces arrojadlo, os repito.

— ¡Oh! ¡sí, marqués! exclamó Madama Dubarry. ¡Por favor, arrojad ese pícaro veneno! ¡Arrojadlo, aunque no sea más que por desmentir un poco á este intempestivo profeta que nos está afligiendo á todos con sus profecías! Porque, en fin, si lo arrojáis, es seguro que no seréis envenenado por él; y como es por él como el señor de Cagliostro pretende que lo seréis, entonces de buen grado ó por fuerza, habrá mentido el señor de Cagliostro.

— La señora condesa tiene razón, dijo el conde de Haga.

— ¡Bravo, condesa! exclamó Richelieu. Vamos, marqués, arrojad ese veneno; eso es tanto más de apetecer, cuanto que ahora que sé traéis en la mano la muerte de un hombre, temblaré todas las veces que brindemos juntos, porque puede abrirse la sortija por sí sola... ¡Eh!.. ¡Eh!

— Y dos vasos que se chocan están muy cerca uno de otro, añadió Taverney. Arrojadlo, marqués, arrojadlo.

— Es inútil, dijo tranquilamente Cagliostro, el señor de Condorcet no lo arrojará.

— No, dijo el marqués, no lo arrojaré, es verdad; y no porque trate de ayudar al destino, sino porque Cabanis me ha compuesto este veneno, que es único, una sustancia solidificada por efecto de la casualidad, y porque quizás no volverá esta casualidad á encontrarse nunca. Hé ahí por

qué no arrojaré este veneno ; así triunfad si queréis, señor de Cagliostro.

— El destino, dijo éste, halla siempre agentes que le ayuden en la ejecución de sus mandatos.

— ¿ Conque moriré envenenado ? dijo el marqués. Pues bien, sea así : no muere envenenado todo el que quiere. Es una muerte admirable la que me predecís : ¡ un poco de veneno en la punta de mi lengua, y quedo aniquilado ! Eso no es la muerte : es *menos* la vida, como decimos nosotros en álgebra.

— No tengo interés en que sufráis, caballero, respondió friamente Cagliostro.

E hizo una señal que indicaba su deseo de no pasar más adelante, á lo menos con el señor de Condorcet.

— Caballero, dijo entonces el marqués de Favras alargando la cabeza por encima de la mesa, como para salir al encuentro á Cagliostro : tenemos un naufragio, un tiro y un envenenamiento que me están haciendo la boca agua.

¿ No me haréis la gracia de predecirme á mí también alguna muerte por este estilo ?

— ¡ Oh ! señor marqués, respondió Cagliostro principiando á animarse con aquesta ironía ; haréis muy mal en tener celos de estos señores, porque, bajo mi palabra de caballero, tendréis una cosa mejor.

— ¡ Mejor ! exclamó el señor de Favras. ¡ Cuidado, que es comprometeros mucho ! Mejor que la mar, el fuego y el veneno... es difícil.

— Queda la cuerda, señor marqués, dijo átablemente Cagliostro.

— ¡ La cuerda !... ¡ oh, oh ! ¿ qué es lo que me decís ?

— ¡ Os digo que seréis ahorcado ! respondió Cagliostro

con una especie de rabia profética que ya no podía dominar.

— ¡ Ahorcado ! respondió la asamblea. ¡ Diablo ! ! !

— Este caballero ignora que yo soy noble, dijo Favras un poco más sereno ; y si, por casualidad, quiere hablar de un suicidio, le prevengo que pienso respetarme bastante hasta el último momento, para no servirme de una cuerda mientras tenga una espada.

— Yo no os hablo de un suicidio.

— Entonces habláis de un patíbulo.

— Sí.

— Sois extranjero, caballero, y como á tal os perdono...

— ¿ Qué ?

— Vuestra ignorancia. En Francia á los nobles se los decapita.

— Esa cuestión la arreglaréis con el verdugo, caballero, dijo Cagliostro abrumando á su interlocutor con esta respuesta brutal.

Hubo en la asamblea un momento de perplejidad.

— ¿ Sabéis que ahora tiemblo ? dijo el señor de Launay.

Mis predecesores han escogido tan tristemente, que auguro mal para mí si registro en el mismo saco que ellos.

— ¿ Entonces sois más racional que ellos, y no queréis conocer el porvenir ? Tenéis razón ; bueno ó malo, respetemos el secreto de Dios.

— ¡ Oh, oh ! señor de Launay, dijo madama Dubarry, espero que tendréis tanto valor como estos señores.

— También yo lo espero, dijo el gobernador inclinándose.

Luego, dirigiéndose á Cagliostro, añadió :

— Vamos ; á mi vez, os ruego que me gratifiquéis con mi horóscopo.

— Es muy fácil, dijo Cagliostro ; un hachazo sobre la cabeza, y punto concluído.

Un grito de espanto resonó en la sala. Los señores de Richelieu y Taverney suplicaron á Cagliostro que no pasase más adelante ; pero triunfó la curiosidad femenina.

— En verdad, señor conde, que á creeros, dijo madama Dubarry, todo el universo acabaría de muerte violenta. Cómo ! ¡ de ocho que nos hallamos aquí ya tenemos cinco condenados por vos !

— ¡ Oh ! ya conoceréis, madama, que es un partido tomado y que nosotros nos reímos de él, dijo el señor de Favras procurando reirse en efecto.

— Ciertamente que nos reímos, añadió el conde de Haga, sea verdadera ó falsa la predicción.

— ¡ Oh ! también me reiría yo, dijo madama Dubarry, porque no querría deshonorar la asamblea con mi cobardía. Pero ¡ ay ! yo no soy más que una mujer, y no tendré el honor de ser puesta en vuestro rango para un fin siniestro. Una mujer muere en su cama. ¡ Ay ! mi muerte de mujer de vieja, triste y olvidada, será la peor de todas las muertes, ¿ no es verdad, señor de Cagliostro ?

Y al decir estas palabras vacilaba, dando, no sólo con sus palabras sino con su semblante, un pretexto al adivino para que la tranquilizase ; pero Cagliostro no la tranquilizaba.

La curiosidad fué más fuerte que la inquietud y triunfó de está.

— Vamos, señor de Cagliostro, dijo Madama Dubarry ; respondedme.

— ¿ Cómo queréis que os responda, si no me preguntáis ?

La condesa vaciló.

— Pero... dijo.

— Vamos, dijo Cagliostro, ¿ me preguntáis, sí ó no ?

La condesa hizo un esfuerzo, y sacando valor de la sonrisa de la asamblea, exclamó :

— ¡ Y bien, sí, me aventuro ! Vamos, decidme cómo acabará Juana de Vaubernier, condesa Dubarry.

— ¡ Sobre el cadalso, madama ! respondió el fúnebre profeta.

— ¡ Es una broma !... ¿ no es verdad, caballero ?... balbució la condesa con una mirada suplicante.

Pero habían puesto en el disparador á Cagliostro, y no vió aquella mirada.

— ¿ Y por qué ha de ser una broma ? preguntó.

— Porque para subir al cadalso, es preciso haber matado, asesinado, en fin haber cometido un crimen, y según todas las probabilidades yo no lo cometeré jamás... Es una broma... ¿ no es verdad ?

— ¡ Dios mío ! sí, dijo Cagliostro ; una broma como todo lo que he predicho.

La condesa soltó una carcajada que un hábil observador habría hallado un poco estridente para ser natural.

— Vamos, señor de Favras, dijo, encarguemos nuestros coches de luto.

— ¡ Oh ! eso sería inútil para vos, condesa, dijo Cagliostro.

— ¿ Y por qué, caballero ?

— Porque vos iréis al cadalso en una carreta.

— ¡ Puf ! ¡ qué horror ! exclamó madama Dubarry ¡ Oh !

qué hombre tan desagradable ! Mariscal, otra vez elegid convidados de otro humor, ó de lo contrario no vuelvo á vuestra casa.

— Dispensad, madama, repuso Cagliostro, vos como los demás lo habéis querido.

— ¡ Yo como los demás !... Á lo menos me otorgaréis tiempo para elegir mi confesor, ¿ no es verdad ?

— Ese sería un trabajo superfluo, condesa, respondió Cagliostro.

— ¿ Por qué ?

— Porque el último que ha de subir al cadalso con un confesor, será...

— ¿ Quién ? preguntó toda la asamblea.

— ¡ El rey de Francia !!!

Y Cagliostro pronunció estas últimas palabras con una voz sorda y tan lúgubre, que pasó como un soplo de muerte por encima de los asistentes y los heló hasta el fondo del corazón.

En seguida reinó un silencio de algunos minutos.

Durante este silencio, Cagliostro aproximó á los labios el vaso de agua en que había leído todas aquellas profecías, pero no bien había tocado á su boca, lo rechazó con invencible repugnancia como habría hecho con un cáliz amargo.

Mientras hacía este movimiento, los ojos de Cagliostro se fijaron en Taverney.

— ¡ Oh ! exclamó éste, creyendo que iba á hablarle ; no me digáis lo que será de mí, pues yo no os lo pregunto.

— Y bien ; yo lo pregunto en su lugar, dijo Richelieu.

— Vos, señor mariscal, respondió Cagliostro, tranquilizaos, porque sois el único de todos nosotros que morirá en su cama.

— ¡ El café, señores ! dijo el viejo mariscal lleno de júbilo con la predicción, ¡ el café !

Todos se levantaron.

Pero antes de pasar al salón, el conde de Haga dijo aproximándose á Cagliostro :

— Caballero, no pienso en evadirme del destino ; pero decidme de qué debo desconfiar.

— De un manguito.

El conde de Haga se alejó.

— ¿ Y yo ? preguntó Condorcet.

— De una tortilla.

— ¡ Bueno ! Desde ahora renuncio á los huevos.

Y diciendo esto se incorporó con el conde.

— ¿ Y yo ? preguntó Favras, ¿ qué debo temer ?

— Una carta.

— Bien ; muchas gracias.

— ¿ Y yo ? preguntó de Launay.

— La toma de la Bastilla.

— ¡ Oh ! ya estoy tranquilo.

Y se alejó riendo.

— Á mi vez, caballero, dijo la condesa muy turbada.

— ¡ Vos, bella condesa, desconfiad de la plaza de Luis XV !

— ¡ Ay ! exclamó la condesa ; ¡ ya me he extraviado en ella un día y he sufrido mucho ! Aquel día había perdido la cabeza.

— Y bien ; esta vez la perderéis también, condesa, pero no la volveréis á hallar.

Madama Dubarry lanzó un grito y corrió al salón al lado de los otros convidados.

Cagliostro iba á seguir á sus compañeros.

— ¡Un momento! dijo Richelieu deteniéndole. Ya no quedamos más que Taverney y yo á quienes no habéis dicho nada, mi querido adivino.

— El señor de Taverney me ha rogado que no le dijese nada, y vos, señor mariscal, nada me habéis preguntado.

— ¡Oh! yo os lo vuelvo á rogar, exclamó Taverney con las manos juntas.

— Pero, veamos; para probarnos el poder de vuestro genio, ¿no podríais decirnos una cosa que sólo sabemos nosotros dos?

— ¿Qué cosa? preguntó Cagliostro sonriendo.

— Lo que este honrado Taverney viene á hacer á Versalles en lugar de vivir tranquilo en su hermosa posesión de Casa Roja, que el rey ha redimido para él hace tres años.

— Nada más sencillo, señor mariscal, respondió Cagliostro. Hace diez años este caballero quiso dar su hija la señorita Andrea al rey Luis XV, pero no logró su intento.

— ¡Oh, oh! gruñó Taverney.

— Hoy, este caballero quiere dar su hijo Felipe de Taverney á la reina María Antonieta. Preguntadle si miento.

— ¡El diablo me lleve si este hombre no es brujo! exclamó Taverney temblando de pies á cabeza.

— ¡Oh, oh! no hables tan caballerosamente del diablo, mi viejo camarada, dijo el mariscal.

— ¡Es espantoso, horrible! murmuró Taverney.

Y se volvió para implorar por segunda vez la discreción de Cagliostro, pero éste había desaparecido ya.

— Vamos al salón, Taverney, dijo el mariscal; porque sino tomarán el café sin nosotros, ó lo tomaremos nosotros frío, que sería aun peor.

Y corrió al salón.

Pero el salón estaba desierto, pues ni un solo convidado

había tenido el valor de mirar cara á cara al autor de las terribles predicciones.

Las bujías ardían en sus candelabros, el café estaba humeando en la cafetera, y el fuego silbando en la chimenea.

Todo era inútil.

— ¡Qué es esto, mi viejo camarada! me parece que vamos á tomar nuestro café los dos mano á mano... ¡Hola! ¿dónde diablos te has metido?

Y Richelieu miró de todos lados, pero el buen viejo se había escabullido como los demás.

— Es igual, dijo el mariscal sonriendo por el estilo de Voltaire y frotándose sus secas y blancas manos cargadas de sortijas; yo seré el único de mis convidados que muera en su cama. ¡Eh, eh!... ¡en mi cama! conde de Cagliostro, yo no soy un incrédulo. ¡En mi cama! ¿no es verdad que yo moriré en mi cama, y lo más tarde posible? ¡Hola! ¡mi ayuda de cámara, y mis gotas!

El ayuda de cámara entró con un frasco en la mano, y el mariscal y él pasaron al cuarto de dormir.